

Cuaderno N^o 44

RAFAEL BARRETT

ARTÍCULOS DIVERSOS



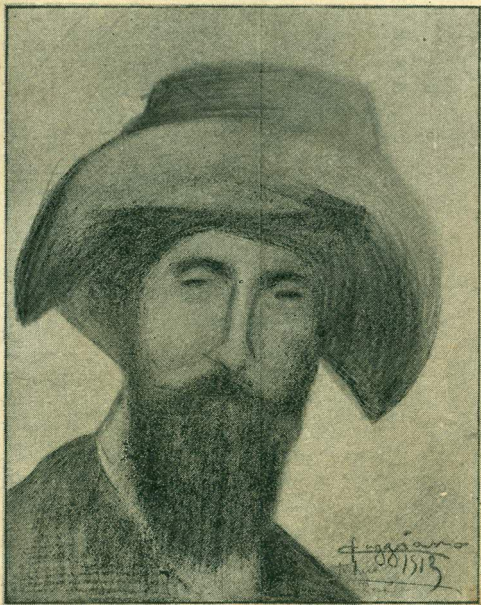
IMPRENTA ALSINA

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

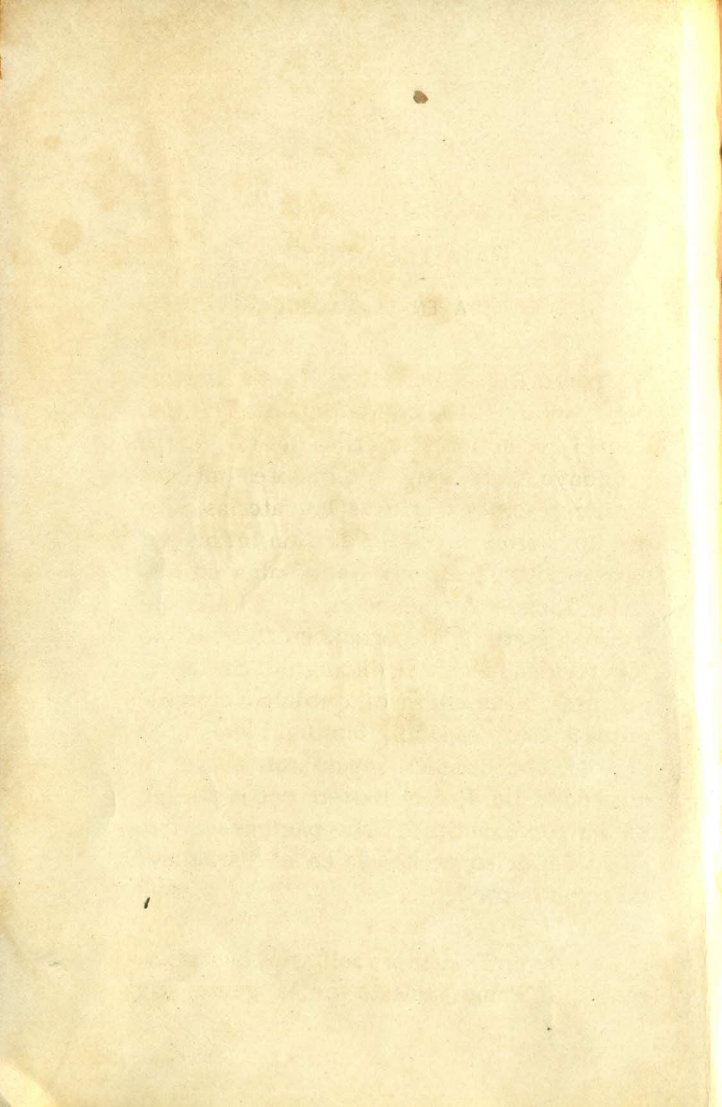
1913

ARTÍCULOS DIVERSOS

Impreso en noviembre de 1913



RAFAEL BARRETT



RAFAEL BARRETT

SU VIDA EN EL PARAGUAY

MURIÓ Rafael Barrett el 14 de Diciembre de 1910, en Arcachon, Francia. Conocí la noticia trascrita de un diario uruguayo. Amigos y admiradores publicaron impresiones y críticas laudatorias. Los que quisieron entrar en la vida íntima del gran escritor, pecaron. Nadie sabía su historia. Llegó a Asunción en 1904. Ahí comenzó a escribir. Deportado en 1908, eligió Montevideo, donde se distinguió. Sus antecedentes, hasta entonces, quedaban circunscritos a esto: español, familia hidalga, 33 años. Hubo quienes inventaron sobre su mocedad. De Rafael Barrett pocos pueden hablar con exactitud. Estas páginas son traspunto fiel de su existencia en el Paraguay, tal como le traté.

* * *

Le veía errar siempre solitario, taciturno, abstraído, como molesto de la gente. Su

nombre se musitaba a su paso con la unción veneranda de un profeta. Había en todos, elogios para su talento y coraje. El maestro, extraño a la rutina del vulgo, de aplaudir o apostrofar, respondía con breve ademán, el saludo cortés de algún presunto admirador. Más tarde, en la intimidad de nuestras expansiones, supe el motivo de su actitud esquivada. No me recordó el consejo del exquisito Fradique Méndez, «el hombre, como los antiguos reyes de Oriente, no debe mostrarse a sus semejantes sino única y serenamente ocupado en el oficio de reinar, esto es, de pensar». Barrunté en el fondo de su queja suave, la envidia de los buscadores de gloriola al que obtuvo de Poincaré el raro obsequio de un caluroso pláceme intelectual... Comprendí por qué «mirando vivir», se alejara de las personas. Un pingue concepto nacionalista influyó en el espíritu ligero de literatos y abogados paraguayos en la animosidad ciega contra Barrett. «Parece que los asuncenos no me pueden aguantar—dice en carta del 19 de marzo de 1909. Dominguez me obsequió con un artículo insultante, y el impagable Erib me insultó, también, aunque por carta. Yo, metido entre los árboles de la colo-

nia, felizmente no los veo. Me limito a publicar de cuando en cuando la verdad en algún "diario" de acá, y eso les enfurece"... En otra anterior, escribe... "con unos modestos pesitos ganados por mi pluma y a salvo en Montevideo, hemos resuelto, Panchita y yo, hacernos un ranchito cerca de aquí, en pleno desierto. ¡Figúrese usted! la voluptuosidad de comer en "mi" plato, de cerrar "mi" puerta y de morirme en "mi" cama! Esos "mi" no son de esencia capitalista, no; indican solamente el bendito aislamiento de una humanidad que sin duda conviene servir y amar en conjunto, pero muy penosa de tratar en detalle".

Su prestigio, magüer el respeto de los humildes, sufrió el chanfle áspero de los chapuceros de ideas. Se le temía por su valor: no era prudente. Mas, en la cómoda calma del gabinete, seguros del embozo de sus actos y amenazas, universitarios y políticos fraguaron—como descubrimos en el escritorio del jefe de policía—proyectos de leyes represivas cuya sanción frustrara el golpe audaz de un grupo de militares... ¡Barrett salvó de ser expulsado del Paraguay!

Al principio esa altivez injuriosa me molestó. Le supuse vanidoso, y preferí no tra-

tarle. Sus admirables páginas en «El Diario» las recorté, estimándolas superiores. «El Cívico» acojía las mías. Por casualidad trabamos amistad. Una noche dos sargentos mataron al jefe del escuadrón de seguridad. El público se exaltó. La violencia individual horroriza. Es malo revelar de golpe el sufrimiento. Barrett, contra la protesta unánime, les defiende. «El Diario» acepta mi cuartilla rechazada en «El Cívico». Participamos la misma opinión. A este incidente debo la intimidad con el excelso escritor. Más tarde, el 1º de mayo, concurrí al Teatro Nacional. La Federación Obrera conmemoraba la fiesta proletaria. Un ácrata uruguayo avisa a Barrett mi presencia. Entonces aquel vanidoso se acerca, y a su instancia vivaz ocupó la tribuna.

Nuestros sentimientos quedaron unidos fraternalmente.

* * *

La pobreza en el hogar de Rafael Barrett no tuvo las eternas agrideces comunes: era encantadora. Su valiente esposa ponía sobre tanta escasez la inconmensurable porción de su amor. El pequeño Alex idealizaba el cuadro.

* * *

Vivían idílicamente. En aquella casa las horas sorprendieron coloquios igneos de almas enamoradas. Medio de artistas, la preocupación banal y casquivana moría al nacer, si acaso nacía. Calor, luz, vida heroica en el cerebro y el corazón. ¿Bajar la vista? ¿Para qué? El frenesí de la sociedad por las cosas superficiales se satisfacía afuera: allí dentro ni una racha fugaz de turpitud o mal gusto. ¿Bohemia? ¡No! Nada de miserias afectadas. Pobreza grande, continua, honesta. Ensayo de moral primitiva—de Buda o Jesús—en las cuatro paredes anónimas de una sala. ¿A quién más fácil el lujo? Pero, ¿moldear las convicciones? ¿Entorpecer la voz? ¿Disminuir el empuje del adjetivo? ¡Nunca! ¡Ni el rubio Alex lo permitiera! Un idealismo candente violentaba el hábito de los hombres. Los consejos de buenos burgueses instando a plegarse a lo de ayer, se convertían en fórmulas huecas de cariño. El signo del % era signo mezquino. Hubiera ascendido en la jerarquía burocrática y educacional hasta ser guía. Le horripilaba la idea de reservar opiniones para comer. Las daba, en cambio, como una obligación. Barrett mostra-

ba la magnitud de su alma en su pupila de mirar profundo. Él, como el hijo de María, había renegado de su madre para sostener su belleza espiritual.

Tolstoi, con el ejemplo ingenuo que le dio privilegio de «último cristiano», le sedujo. Adoró a Cristo. Por una de mis declaraciones impetuosas comenta pasajes de la Biblia. Tenía, en ese instante, la majestad de un inspirado. Terminó con un consejo que quedó perdido en mí como una herencia psíquica que la oportunidad descubre: «hay que saber ser pobre». ¡Divina pobreza!

«El Diario» le retribuía con cincuenta pesos paraguayos cada página. La profesión de agrimensor le aportaba regulares recursos. Sus ingresos no excedían al de cualquier oficinista. Y si advierto que «la buena salud de los microbios», como él definió la enfermedad, le perforaba los pulmones, colegiremos que insistir en esa pobreza era descubrir la energía de su carácter. Y si buscamos el detalle nos asombra. Un perfil es su imagen.

—Desde hoy no vuelvo a calcular, nos dijo al sentarse a la mesa. Abandono el lápiz, las matemáticas y el teodolito.

Como mis ojos le confesaran mi sorpresa, agregó:

—¡Qué! Hablar contra la propiedad todos los días, con feroz repetición, y al segundo medir tierras como océanos y autorizar la exactitud de sus límites, ¡no!

—Tienes que cuidarte, agregó Panchita con dulzura.

Y yo, sumido en la admiración que sentía por ese místico de vasto y personal saber, tan distinto del cortejo de adalides que conozco, no comenté siquiera la firmeza del gesto...

Después rompió con «El Diario». Publicaba un trabajo siéndole rechazado el capítulo final, epítome de conclusiones rebeldes. Barrett, ofendido, se retiró.

Pensamos en *Germinal*.

Mientras, la miseria arreciaba. No llegó a desafinar la perfecta armonía existente. El centavo no influía ni un ápice. En esos momentos de suprema pobreza, los intereses del mercado no empañaron, tampoco, el subyugante azul del hogar amoroso.

Debieron padecer hambre. «¿Se acuerda usted de haber llorado una noche que creyó que no habíamos comido?» Sí, recuerdo! No olvidaré aquel rato oscuro. ¿Se acor-

daría él, cuando solicitado a salir por razones graves, confesó estar sólo en chinelas?

Este aviso destaca su situación: «Rafael Barrett se ofrece como profesor de matemáticas, física e ideología general, calle 25 de Diciembre, 368».

No abrió clase.

Rindo homenaje a su compañera. Digna del artista, soportó contrariedades y penurias, orgullosamente.

* * *

Nuestra propaganda doctrinaria fue activísima. Truncamos la modorra del nativo, atrayéndole a las conferencias públicas. De Pedro Gori y Adrián Patroni restó leves partículas de ideal. La verdad del verbo desapareció con sus portadores. Los discursos del Teatro Nacional estimularon a que los obreros y estudiosos discutieran cuestiones libres del partidismo de bando y enseña.

Nos pusimos de acuerdo, e iniciamos la agitación.

La palabra de Barrett, simiente fértil, seguida con recogimiento, producía el examen en el auditorio. «Una idea en un hombre es semejante al puntal de hierro que los

escultores ponen en sus estatuas: ella endereza y le sostiene», ha dicho Federico Graindorge. A Barrett le enardecía. Notoria su originalidad, como artífice y pensador, a sus disertaciones asistía un heterogéneo número de oyentes. Las dos primeras sobre «huelga» y «problema sexual» resultaron labores de mérito. Han sido incluidas en el libro «El Dolor Paraguayo».

En la improvisación convencía a golpes de luz. No llevaba método, pero sus conocimientos serios y selectos daban orden al discurso. Hablaba sencilla, familiarmente hasta que la fatiga le vencía. Su maldita enfermedad, le obstaculizó, sin quebrantar su ánimo. Levantábase del lecho y cumplía el compromiso contraído. En estado grave habló sobre la Miseria. La palidez de su semblante reflejaba su mal, y el bárbaro desfile de cifras y hechos en que apoyó su crítica agitaba su imaginación. Deseamos ese día que terminara...

La más importante, la que expuso su vida a la violencia, fue «Lo que son los yerbales». Preparó el ambiente publicando en «El Diario» seis artículos que forman el folleto editado por Orsini Bertani, de Montevideo. Esas verdades harto conocidas cau-

saron estupor. La forma como se ponían a descubierto les hacían nuevas... Los diputados R. Lara Castro y Adolfo Riquelme prometieron llevarlas a la Cámara. Promesas. Eran diputados de la oposición. Pasaron a la derecha y «Lo que son los yerbales» siguen siendo escarnio de América. El contador de «La Industrial Paraguaya» insinuó ofertas incitantes. Amigos de capitalistas cómplices, intervinieron. Todo en vano. Pretendimos alquilar el teatro, pagamos, y no se nos entrega por orden de Juan Bautista Gaona, el millonario que mereciera en plena plaza, apóstrofes santos. Imprimimos un manifiesto y se nos prohíbe fijarlo. Las trabas no valieron. Salgo una noche, en compañía de mi camarada, con engrudo y pincel. La policía impide nuestro proyecto. Repito el paseo y me detiene. Para mi libertad me responsabilizo en acta especial de la redacción del manifiesto. Apenas lo sabe, se presenta al Departamento y exige solidarizarse... Continúan los incidentes. Al fin, en un terreno baldío, Barrett amplió con testimonios, revelando crímenes, el estudio aparecido. Peones yerbateros que le escuchaban, aplaudieron. Uno subió a la tribuna. Robusteció lo ex-

puesto. La prensa dedicó un breve espacio al asunto hasta que la marejada política apartó nuestra enseñanza de la curiosidad general.

* * *

«El Paraguay, que ha solicitado de sus elementos de fuerza, de los jefes y oficiales de ejército, sin movimiento de opinión, el cambio de sus gobernantes», como afirma el distinguido escritor y político don Julio Llanos en un estudio sobre el Doctor Francia, y que debiera haber previsto la necesidad de poseer un perfecto servicio de ambulancia, porque si es exacto que «se han sucedido los dramas políticos sin aparentar violencia y casi sin efusión de sangre», las excepciones tuvieron aspectos de masacre, no contó durante el motín militar del coronel Albino Jara, del 2 al 5 de julio de 1908, con una sola. No existía la «Cruz Roja», y la que llamaban «Cruz Verde» no intervino en la ciudad donde derrochaban las balas, sino que ausentándose a los suburbios levantó uno que otro muerto...

Rafael Barrett, viendo el abandono en que quedaban los heridos, se portó heroicamente. Jadeante, esforzándose, impulsado por afán de bien, se ofreció al peligro, yen-

do debajo de los cantones, en medio de las balas, a las esquinas, en todos los lugares, recojiendo heridos que él mismo conducía en sus débiles brazos. Acción nobilísima y sobresaliente que realizó desde el primer instante del motín. Los sacerdotes y hermanas de caridad aparecieron al finalizar la contienda.

¡Hermoso Barrett! La tenaz tisis inútilmente le hincó sus garras. Yo le contemplaba, amarillento y sudoroso, protestar por el crimen que se cometía. No abandonó su puesto hasta que abatido por un atentado infame, creyó demás cualquier esfuerzo.

El Director de la Asistencia nos pidió buscáramos mantas. Fuimos en un coche que yo goberné hasta dos cuadras antes del local indicado. De sorpresa nos vemos blanco de un escuadrón. La caballería del comandante Baez hacía fuego. No se respetó la pobrecilla banderita blanca que como símbolo nos cobijaba. Salvamos de milagro. Hirieron un caballo. Barrett furioso se retiró a su casa.

La Municipalidad, con una sencillez ignorada, le envió la nota que trascibo:

«El Intendente Municipal impulsado por un sentimiento de justicia, se complace en

trasmitirle sus expresiones de caluroso aplauso y efusivo agradecimiento por el valioso concurso que usted aportara recojiendo los muertos y heridos del sitio de la lucha durante la última contienda armada.

«La misión difícil y altamente humanitaria y honrosa que usted se ha impuesto cumpliéndola con excesivo celo, le hace merecedor del aplauso y la consideración pública, máxime cuando en el desempeño de su cometido ha dado elocuentes pruebas de valor y abnegación, poniendo su vida en constante e inminente peligro.

«Quiera usted aceptar estas expresiones de reconocimiento, y aprovechando la oportunidad le es grato saludarle, etc.—Eduardo Schaerer.—Eliseo de Rosa, Secretario».

En Octubre le encarcelaron y deportaron.

Arado formidable, «Germinal» fué medio e instrumento de labor fecunda. Quedará como comprobación de la «vida ilustre» de Rafael Barrett. Desde sus columnas se dijo la verdad con tanta altura que el eco de su prédica se expandía, al caer, en la conciencia popular. Su programa se cumplió, sin que amedrentaran las amenazas de los códigos y fiscales. «La única virtud del hom-

bre es el valor. Valor en los puños, en la lengua y debajo del cráneo».

Valor de fuerte, al modo de Mirbeau, Sinclair o Zola, permaneciendo generoso y bueno, idealmente bueno. No perdonó lo malo, fuera quien lo hiciera. Disimulaba, por segundos, la crueldad del adversario para alentar a la víctima. A mis rencores contra determinados personajes respondió: «el Doctor Audibert me dio detalles de sus penalidades en Asunción. ¡Cuánto me arrepiento de haber sido en parte causa de ellas! «iGerminal» tiene la culpa de todo! No puedo recordar las infamias que hicieron con usted — los cobardes — sin perder la serenidad y olvidarme de esta máxima: *que nada hay más estéril que la venganza, y que, por mucho que nos hicieran, no debemos cerrar las manos para golpear con ira, sin abrirlas siempre, en el gesto santo del sembrador; i que nos las claven, pero abiertas!*» Y a otra misiva donde le expuse mi desengaño respecto a algunos militantes socialistas, contesta: «lo que me dice de X y Z me parece normal! nada de maestros!» Y refiriéndose a Ferri: «vea el papel que ha hecho hace poco adulando al rey de Italia. Así son los hombres. Pero, en fin, no seamos injustos.

Tal vez cambien sinceramente de opinión. Haría bien en explicarnos con detalle entonces el mecanismo de esas transformaciones—siquiera para evitarnos la pena de sospechar una traición, una cobardía. El hecho es que con la verdad se evoluciona hacia el poder—y yo no creo que no son los viejos los que ven claro sino la juventud».

¡Nada de maestros! ¡Ni él mismo quiso serlo! «Veo que me idealiza, me elogia usted mucho, lo que no prueba nada más que su buen corazón. Quiérame siempre pero no me imite—aunque yo fuera digno de ser maestro, sería un error seguirme. Nuestra gran ventaja de hombres es ser diferentes; aprovechémosla y guardémonos de uniformar la vida».

Gran laborioso, constantemente inclinado sobre su larga mesa formada por tablas sueltas cubiertas de un género de coco barato, estudiaba o escribía. «Me acusa usted porque no escribo. Olvida que soy un enfermo, muy enfermo, que apenas me dan las fuerzas para escribir el artículo semanal de *La Razón* de Montevideo. Por eso el artículo que le adjunto es tan corto; ofrézcalo usted al Doctor Del Valle Iberlucea, con mis saludos expresivos». En la misma carta

me dice: «espero a que salgan a luz las «Moralidades Actuales» para enviarle el original de «El Dolor Paraguayo». Preparo «La Casa de los Tísicos». «Se necesita tan escasa energía física para mover la pluma que escribiré hasta el fin».

Germinal resultó el pensamiento realizado de Rafael Barrett. Ahí está él, en cualquiera de sus líneas.

Aparece en el editorial y en el «epifonema».

Los «epifonemas», glosas irónicas o satíricas, dichas con rapidez, fueron la sección leída y comentada por los lectores de «El Diario».

Luchó con éxito alentador, cuando defendía obreros presos. Gracias a su actitud salió de la cárcel un grupo de huelguistas traídos de Puerto Sastre, por rebelarse contra las infamias de los «quebrachables». Abogó por la libertad de un inocente, J. P. G., con tal entusiasmo recurriendo a la Suprema Corte con un escrito de «habeas corpus», enérgico y bravo, que, al obtenerla su defendido, él la perdió por veinte días...

Las revelaciones de *Germinal* sobre «los quebrachales», «los yerbales», «la cuestión pan», «el manicomio», «el arreo de cuar-

tel», «la cárcel», «la crisis económica» y «la policía» pintarán siempre el estado de una época en el Paraguay.

Germinal dió ejemplos de bondad, justicia y arrogancia. Fue querido por el pueblo laborioso. Cierta día nos encontrábamos pensativos, buscando la forma de cubrir el déficit. Los anunciadores nos retiraban su recurso. Debíamos, pues, dejar el periódico. Llega un obrero, conoce nuestra situación, y abona un número íntegro. ¡Suspender *Germinal* nunca! Los ferroviarios de Sapucay nos ayudaron eficazmente.

La grandeza de Barrett se destaca en el detalle. Algún pseudo anarquista no comprendía que pudiéramos estar juntos, y atribuía a mi amistad la ausencia de un rojo violento en nuestras columnas. Disgustado, resolví retirarme. Le comuniqué la resolución a mi amigo, y regañándome, dijo: Usted se queda con *Germinal*. Yo me ausento al interior a cuidar mi salud. No debemos satisfacer esas miserias. Cuando regrese continuaremos los dos. Los que hablan mal de usted hablaron antes de mí. No les haga caso».

Una tarde nos dirigimos al puerto. Llamamos un bote. Panchita teniendo a Alex en los brazos, y Barrett se sentaron. Yo de pie mirando la lejanía. Almas nuestras bien unidas, lloraban... ¡Oh! ¡el lenguaje secreto de las almas! Platicamos, en vano. De lo más hondo venía una emoción fortísima. Los ojos, ¡ay! alardeaban el sentir de la despedida... Rememoro aún hoy la escena y callo melancólicamente...

Atracamos al barco de carga que debía trasladarles. El momento decisivo nos oprimía el corazón. Pitadas de orden indicaron la partida. Saludé. Y nervioso y triste bajé al bote.

— ¡Adiós! ¡Escriba! ¡Adiós!

... Y no nos vimos más!

* * *

Quería dar todos mis afanes al periódico. Asumí la dirección con esta promesa: *Germinal* no cambiará de ruta, en cuanto a los ideales. Lucharemos «por lo nuevo, por la idea, por el examen». Edité tres números. Murió apuestamente... El Gobierno prohibió su salida.

El complot fraguado por algunos Ministros, el 21 de setiembre me envolvió. Pre-

so en el Departamento de Policía, bajo la custodia de Alfonso Riquelme, redacté mi carta abierta al Presidente de la República, Doctor E. González Navero, reclamando de la enormidad que se cometía. Barret, abandonó su lugar de descanso, y apareció en Asunción. Trató de verme, sin conseguirlo. Se hizo cargo del último número de *Germinal*. Volcó su indignación en el manifiesto «Bajo el Terror». Grito gigante, repercutió en los cerebros de la dictadura que nacía! Circuló el papel en el pueblo y en la Sociedad. ¿Quién no era víctima? «Llego del campo donde reina el terror. Los campesinos, pobres bestias asustadas se refugian en los montes, apenas se sospecha que el Gobierno piensa en ocuparse del distrito, y las mujeres descalzas, medio desnudas, madrecitas tristes con sus flacas crías a cuestas, caminan por los polvorientos, los interminables senderos, caminan, blancos espectros del hambre, a traer al macho perseguido algo que roer.

«En la capital reina el terror. Aquí las madres, las hembras tristes, llaman a las puertas de las prisiones, temblando al oír la fúnebre respuesta: «Se lo han llevado ya». Y por todas partes la amenaza de es-

pionaje, la recomendación sigilosa: «Cállese usted, no diga nada, no hab'le, no se pierda».

«Es que en el Gobierno reina el terror; no hay cosa tan cruel como el miedo, cuando tiene el miedo las armas en la mano. El terror del Gobierno, hermano del terror que sentía el Dr. Francia y los López, vé un conspirador en cada ciudadano libre, y sorprende complots en que han entrado a la vez personas de distinta filiación política, el Dr. Audibert, el médico Romero Pereyra y José Bertotto». ¡Ay! Si fuéramos a escuchar al Gobierno, todo el país estaría en contra suya, incapaz de sufrirlo al cabo de tres meses. No, no existe semejante unanimidad, no hay, tranquilizaos, opinión pública. No hay más que terror.

«Pero he aquí que yo no tengo terror. Yo hablaré».

¡Habló!

El mismo día que en la capital se repararía el volante famoso, 3 de Octubre, Albino Jara me visitaba en el calabozo. Ya su comandante Goiburú me tenía libre de las ligaduras; y sus cobardías se habían saciado en mi cuerpo. Jara, rodeado de los oficiales, de esos que se honraron en encepar y apalear, se acerca. Firme, las manos des-

cansadas en el puño de la espada, me observa. Yo, de frente, aguardo. ¡Y dice algo! Algo así como un reproche... No recuerdo. Por él supe lo que Barrett publicó. Insinuó castigos ejemplares... Le rogué permitiera me entrevistara con mi amigo. Me advirtió que lo tenía preso en el cuartel de Artillería, y complementó «ya lo arreglaré». ¡Arreglar a ese espíritu generoso que vivía de muerte! ¡No pudo, no pudo!

Los horrores que se realizaron en los cuarteles con los detenidos políticos no encontraron voz que los revelara. Sin embargo, aún desde la celda, detrás del centinela, Barrett lanzó su grito varonil. *Húndase el mundo con tal que cumplamos con nuestro deber. Y el deber de todo escritor, en cualquier momento es reclamar justicia.* La exigió, con audacia: llamó al Juez del Crimen, y le declaró «que el coronel Albino Jara había hecho sufrir por su propia mano a varios oficiales, y muerto al sargento Apolinario Espínola que sucumbió bajo los azotes». Se le incomunicó y merced a la intervención del Ministro de Norte América, fue deportado.

* * *

La orden de destierro obligó a Barrett a ir a Montevideo, sin dinero y sin amigos.

A poco se agravó su enfermedad. Era menester aislarse. «Un tísico no es plato de gusto... La gente tiene un inexplicable miedo a morirse» me dice con amargura en su carta 24 de octubre. Se refugió en el lazareto... Por intermedio de Emilio Frugoni colaboró en «La Razón». Otro talento, Samuel Blixen, valorizó la pluma del filósofo de «Moralidades Actuales». Las iniciales R. B., firma única, conquistaron envidiable popularidad. Escribió mucho. Muchísimo. El Lazareto le inspiró un libro.

En «La casa de los tísicos», le visitaron algunos camaradas... Lamento no recordarlos bien. Sé el nombre de una señora noble que le ayudó a disminuir sus penurias, yendo a su lado, guiada por la bondad absoluta de su corazón, y que fué para mí, anteriormente, como una madre: Doña María Rosa Barretto.

Mejorado salió del Uruguay. Regresó a su casa. Meses después se hallaba en Francia. Tengo para mí la convicción de que su viaje obedeció al deseo íntimo de abrazar a

una tía que adoraba; y de acatar las terribles condiciones que le imponía la tuberculosis: substraerse a su hogar.

Prefirió, sin duda, morir lejos, acaso en el mar, y se ausentó.

José Guillermo Bertotto

Del N^o 88 de *Ideas y Figuras*. Buenos Aires.

DEL NATURAL

EN la casa de los tísicos.

Lo que mató al 4, más que la enfermedad, fue la idea. Apenas entró en el lazareto, le dio la manía de salir, convencido que de lo contrario moriría pronto. Hablaba todavía menos que nosotros, y en el hospital no se habla mucho, pero le adivinábamos el pensamiento, como sucede donde se piensa demasiado. Las ideas fijas fluyen silenciosamente de los cráneos, y se ciernen sobre las cosas. A pesar de que los que sufren son por lo común bastante crueles, el 4 nos inspiraba alguna lástima. Su cama estaba enfrente de la mía. Era un muchachito de dieciséis años, rubio y blanco; parecía el hijo de un príncipe, y su andrajoso uniforme del establecimiento, un disfraz inexplicable. Tenía bucles de oro, y admirables ojos azules. Estaba demacrado en extremo; andaba con el paso lento, automática, propio de los clientes de la casa. Sin embargo, una circunstancia extraña le dis-

tinguía de ellos: caminaba erguido. Por excepción, su pecho no presentaba esa fúnebre concavidad de los tísicos, hecha por la muerte que viene a sentarse allí todas las noches. El 4 enflaquecía y se mantenía derecho; era un tallo cada vez más fino, y siempre gracioso. Sin duda su esqueleto era bonito y brillante como un juguete.

Supimos que era hijo, no de un príncipe, sino de un herrero, que la madre estaba enferma y que tenía varios hermanos pequeños. Le habían metido de ganga en un seminario, y se había escapado ansioso de libertad. Había regresado a Montevideo y trabajaba de tipógrafo. El polvo del plomo envenenó aquellos pulmones delicados, y ahora, preso en el «aislamiento» ¿qué le restaba?

—Aguardar el turno, según la eterna frase del 18.

El 4 no luchaba ya. No tocaba los dos huevos medio podridos con que le obsequiaba la «caridad» diariamente, ni la leche infecta, ni las piltrafas de carne recocida. Se dejaba ir. Recto, estoico, mudo, bello, era un lirio agonizando de pie.

Un día, no obstante brilló para él, por vez postrera, la esperanza.

Hay «visita» al hospital de tuberculosos cada dos semanas; cada dos semanas se permite a las madres contemplar a sus hijos ocupados en morirse. La del 4 debía estar muy mal para no acudir al lado de los bucles de oro y de los ojos azules. En cambio, aparecía de tarde en tarde el padre, grueso, cabizbajo, sin expresión, lacónico. Traía al enfermo un poco de fruta o dulce, y se marchaba sin un beso, sin volver la cabeza; lo cual a nadie sorprendía. Es la costumbre de gente pobre.

Aquel domingo, el herrero dijo—con indiferencia—que unos tíos deseaban tener al muchacho y cuidarlo en la campaña.

—¿Quieres ir?

—Oh!, sí!

Y los ojos azules centellearon.

—Bueno. En la otra visita te llevaré conmigo.

Durante quince días pasó algo increíble: uno de nosotros era feliz. Al 4 se le había desatado la lengua, y nos describía la casa de sus tíos, los corrales con las gallinas y las vacas, las legumbres del huerto, la sombra de los árboles, la frescura del arroyo, la luz y el aire libre. Se sentía salvado, capaz aún de jugar y de correr, y nosotros

nos entristecíamos con la envidia de la salud ajena. Hasta se nos figuró que el 4 engordaba... cuando en realidad la impaciencia le acababa de consumir.

Llegó el famoso domingo. Con mucho retraso asomó el herrero. Avanzaba pesadamente, con los ojos inyectados. Su hijo le esperaba, sentado en su lecho; se había vestido la ropita nueva, «la suya». Estaba listo.

—¿Vamos?

—¿A dónde? preguntó el padre.

—A casa del tío... ¿No recuerdas? ¿No íbamos a pedir hoy el alta?

El hombre se esforzó por hacer memoria. Su aliento olía a vino.

—Mejor es que te quedes.

—Es que no estoy bien.

—¿Eh?

—Que no estoy bien. En la última quincena bajé dos kilos.

—¿Dos kilos?

—No estoy bien... insistió el desgraciado.

—Mejor es que te quedes, repitió el herrero.

Y balanceaba el hirsuto testuz. Después se fue.

El 4 se desnudó y se acostó. Los compañeros se reían del chasco.

—¿Qué tenía tu viejo?

Estaba tomado y no se acordaba...

Tampoco nos sorprendió esto. El alcohol consueña ¿verdad?

A la media noche me despertó un ruido familiar, y en aquel momento, no sé por qué, lúgubre. Él tosía y escupía. La claridad era escasa. No se alumbraba el cuarto por espíritu de ahorro y por no tener que limpiar tubos. Me levanté y fui a la cama de enfrente. Una mano flaca y pálida me alargó la salivera. Miré al fondo, estaba negro.

—¡Sangre! dijo el niño.

Murió el otro domingo. No era día de visita.

(De *Cuentos breves*).

EL ESFUERZO

LA vida es un arma. ¿Dónde herir, sobre qué obstáculo crispar nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos? ¿Será mejor gastarnos de un golpe y morir la muerte ardiente de la bala aplastada contra el muro o envejecer en el camino sin término y sobrevivir a la esperanza? Las fuerzas que el destino olvidó un instante en nuestras manos son fuerzas de tempestad. Para el que tiene los ojos abiertos y el oído en guardia, para el que se ha incorporado una vez sobre la carne, la realidad es angustia. Gemidos de agonía y clamores de triunfo nos llaman en la noche. Nuestras pasiones, como una jauría impaciente, olfatean el peligro y la gloria. Nos adivinamos dueños de lo imposible, y nuestro espíritu ávido se desgarrar.

Poner el pie en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una

forma nueva: he aquí lo necesario. Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace. Y ese hecho sublime, el advenimiento de lo que jamás existió, debe verificarse en las profundidades de nuestro ser. Dioses de un minuto, qué nos importan los martirios de la jornada, qué importa el desenlace negro si podemos contestar a la naturaleza: —No me creaste en vano!

Es preciso que el hombre se mire y se diga:—Soy una herramienta. Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo. Somos un medio, sí, pero el fin es grande. Somos chispas fugitivas de una prodigiosa hoguera. La majestad del Universo brilla sobre nosotros, y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero. Hemos salido de las sombras para abrasarnos en la llama; hemos aparecido para distribuir nuestra sustancia y ennoblecer las cosas. Nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro

cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa; el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad.

Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerales esfuerzos del espacio y del tiempo, y se identifica con el esfuerzo universal.— Nuestro grito resuena por los ámbitos sin límite. Al movernos hacemos temblar a los astros. Ni un átomo, ni una idea se pierde en la eternidad. Somos hermanos de las piedras de nuestra choza, de los árboles sensibles y de los insectos veloces. Somos hermanos hasta de los imbéciles y de los criminales, ensayos sin éxito, hijos fracasados de la madre común. Somos hermanos hasta de la fatalidad que nos aplasta. Al luchar y al vencer colaboramos en la obra enorme, y también colaboramos al ser vencidos. El dolor y el aniquilamiento son también útiles. Bajo la guerra interminable y feroz canta una inmensa armonía. Lentamente se prolongan nuestros nervios, uniéndonos a lo ignoto. Lentamente nues-

tra razón extiende sus leyes a regiones remotas. Lentamente la ciencia integra los fenómenos en una unidad superior, cuya intuición es esencialmente religiosa, porque no es la religión lo que la ciencia destruye, sino las religiones. Extraños pensamientos cruzan las mentes. Sobre la humanidad se cierne un sueño confuso y grandioso. El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonrío la aurora...

No comprendemos todavía. Solamente nos es concedido amar. Empujados por voluntades supremas que en nosotros se levantan, caemos hacia el enigma sin fondo. Escuchamos la voz sin palabras que sube en nuestra conciencia, y a tientas trabajamos y combatimos. Nuestro heroísmo está hecho de nuestra ignorancia. Estamos en marcha, no sabemos adónde, y no queremos detenernos. El trágico aliento de lo irreparable acaricia nuestras sienes sudorosas.

(De *Moralidades actuales*)

INSTRUCCIÓN PRIMARIA

Lo que menos importa es que el maestro enseñe o no gramática, geografía y aritmética.

En primer lugar, no se aprende nada, por competente que sea el profesor, hasta los quince años. El cerebro infantil no puede abstraer, lo mismo que no puede el estómago de un recién nacido digerir carne. Hasta pasada la pubertad no se generaliza, no se comprende. ¿Para qué convertir a los niños en malos fonógrafos, para qué profanar su tierna inteligencia? Basta excitar su curiosidad libre, mantener la elasticidad de su ingenio nativo, tan fácilmente asfixiado bajo las idiotas lecciones de texto; basta conservar el juego de su salud mental. Se hace lo contrario; se le embrutece mediante su propia memoria, se le castra el entendimiento por el terror; se le encarcela y se le tortura, se le hace odiar el arte y la ciencia por toda la vida; se le enemista definitiva-

mente con los libros y con la naturaleza. Cuando ha concluido sus funestos estudios, es difícil salvarle.

Un maestro que no se hace querer, que no reduce su pedagogía a contar en clase bellos cuentos, que no desdeña la simple tarea del dómine por la grave tarea de inspirar amor a la verdad y a la justicia, aunque no sea aún tiempo de conocer la una ni de practicar la otra, es un mal maestro.

En la escuela hay que adquirir el hábito de no mentir y de atender a las molestias y a los sufrimientos del prójimo. Hay que salir de ella verídico, compasivo y cortés. Esto es lo importante.

Y de lo que nadie se ocupa.

En lugar de templar los resortes morales del niño, los únicos accesibles, se le asegurará seriamente que la tierra que pisa es una bola danzante en torno del sol. Pocas escenas sociales son de un cómico más terrible.

Tuve noticia de un institutor que recordaba a sus alumnos la forma del planeta recomendándoles que le miraran al bolsillo del chaleco, donde el reloj dibujaba un bulbo circular. Por desgracia el día de los exámenes, se olvidó de traer el reloj; en su

puesto había una caja de fósforos. Todos los discípulos contestaron que la tierra era cuadrada.

Cuando me explicaron, de muchacho, lo que representan esos globos de yeso en cuya redondez se pintan los continentes y los mares, creí que las poblaciones se encontraban *dentro* de la esfera. Tomé la convexidad terráquea por la concavidad celeste. Error muy natural, que tardé mucho en corregir. A mi vista, la única figura redonda y enorme que la realidad me ofrecía era la del firmamento.

«Recuerdo una niña de escuela, narra Henry George, muy adelantada en geografía y astronomía, que se asombró mucho al saber que el suelo del corral de su casa era realmente superficie terrestre; y observaréis si habláis con los niños, que la mayor parte de los conocimientos que se les enseñan son parecidos a los de aquella niña. *Raras veces discurren mejor, y con frecuencia mucho peor que cuando nunca han ido al colegio*».

Pero aunque se trasmitieran a esa edad nociones científicas, cosa imposible, ¿de qué servirían? ¿en qué perfeccionarían, por sí solas, el espíritu humano? No es la razón, más o menos amueblada, sino la voluntad

lo que hace marchar al mundo. No es urgente desarrollar el caletre, sino el carácter. Instruid a un malvado, y le habréis dado armas para que os ataque. Instruid a un imbécil, y habréis dado importancia y volúmen a su imbecilidad.

El pueblo se emancipa poco a poco de la miseria en que vive, no por la instrucción, sino por la fuerza de su sagrada cólera. Todos los pobladores saben leer y escribir en China; en ningún sitio arrastran las masas tan lamentable existencia.

Si la instrucción fuera en sí eficaz, ¿no la habrían explotado, en provecho propio, los maestros mismos, no habrían logrado, en las generaciones que educaban, inculcar consideración y respeto a la humilde clase de profesores elementales, cruelmente tratada en todos los países? ¿No habrían conseguido hacerse pagar mejor?

Los gobiernos han descubierto que la instrucción obligatoria no les compromete, como ocurriría si en las escuelas se aumentara el vigor moral de los contribuyentes. Los gobiernos montan con entera confianza la maquinaria académica; hacen a veces de ella, como sucede en Francia, una agencia política. Les permite siempre obsequiar con

empleos a sus amigos, y extender más y más la epidemia burocrática.

Sería una fuente de regeneración incalculable, aquí sobre todo, donde los hogares, mal constituidos, hacen muy poco en favor de los hijos, enviar a la campaña un heroico regimiento de cien maestros, cien hombres de corazón, capaces de ser estimados por los niños, y resueltos a sembrar en las almas auroras el germen de la sinceridad y de la libertad de ideas. Pero esos hombres, ¿los habrá en el Paraguay, los habrá en América, los habrá en este valle de lágrimas?

(De *El Dolor Paraguayo*).

MI HIJO

HACE algunas horas que ha nacido; es uno de los seres más jóvenes del universo. Es el más hermoso: su naricilla apenas se ve. Es el más fuerte; temblamos en su presencia, y apenas nos atrevemos a tocarle. Ha nacido y ha llorado; admirable lección, fenómeno extraordinario! Ha bostezado después: inteligencia profunda!

Mama, reuniendo todas sus energías. Ha sabido expresar en un solo gesto los gestos dispersos de la humanidad. Desde que él vino al mundo, el mundo es otro. Un soplo de primavera refresca las cosas, reanima las marchitas flores y renueva el cielo. Él ha salido a la vida, y ha explicado la vida. Ha abierto los ojos, y ha creado la luz.

Ahora comprendo lo que ha resistido a los esfuerzos de los filósofos. He descubierto que los hombres son buenos, que los crímenes más infames no lo son sino en apariencia. Solo el bien existe. La realidad es buena; la realidad es feliz. El mal y la de-

sesperación no son más que impaciencia. Todo marcha; todo se arreglará. Mi hijo, promesa infinita, duerme; él salvará a los desgraciados. Es el niño-Dios: los Reyes Magos contemplan su sagrado sueño.

Una probabilidad virgen ha entrado en la tierra. Yo no soy quien la ha traído, no *somos* quien la ha traído. No existo, no *existimos* desde que él nació. Nació y ya no es nuestro hijo, sino hijos suyos nosotros; discípulos y servidores suyos. Nuestro padre, nuestro maestro. Bajó a decirnos lo que ignoramos, lo que escucharemos religiosamente.

Tomo mi pluma para anunciaros la buena nueva, para hacer el elogio de mi hijo. Podéis reíros, no os oigo. Estoy deslumbrado por el Mesías, y no distingo vuestra indiferencia.

¿Indiferencia? ¡oh no! ¿Qué nos queda, qué queda al destino si no viven nuestros hijos, si no son dioses en nuestro corazón y en nuestra mente? Ellos lo son todo, toda la belleza, toda la verdad, toda la esperanza. Por eso estoy seguro de que festejáis conmigo el nacimiento de nuestro hijo, de nuestro querido hijo que duerme.

(De *Moralidades actuales*).

LA ENAMORADA

PARECÍA vieja, a pesar de no cumplir aún treinta y cinco años. Las labores bestiales de la chacra, el sol que calcina el surco y resquebraja la arcilla la habían curtido y arrugado la piel. Tenía la cara hinchada y roja, el andar robusto, los ojos chicos, atornillados y negros. Era miserable. Se llamaba Victoria.

Vivía de escardar campos ajenos, de fregar pisos, de ir a vender, a enormes distancias, un cesto de legumbres. Su densa cabellera desgredada estaba siempre sudorosa; en sus harapos siempre había barro o polvo, y cansancio en los huesos de sus pies.

Victoria era célebre en el pueblo, no por infeliz y abandonada, que esto no llama la atención, sino porque decían que no estaba en su juicio. La locura inofensiva es un espectáculo barato, divertido y moral. Hace reír seriamente. Los chiquillos seguían en tropel a Victoria; no la apedreaban dema-

siado; comprendían que era buena. Los hombres la dirigían preguntas estrambóticas, y experimentaban ante ella la necesidad de volverse locos un rato; las mujeres se burlaban con algún ensañamiento. Victoria pasaba, andrajosa, tenaz, lamentable, llevando en los ojillos negros la chispa que irrita a la multitud y levanta las furias y hasta los perros se alborotaban con aquel escándalo de un minuto, con aquella aventura que rompía el tedio del largo camino fatigoso.

Acusaban a Victoria de dormir en tierra, de frente a lo alto, y de creer las estrellas bastante próximas para hablarlas. La Luna era la *señora del cielo*; un lucero vagamente rosado era el *príncipe radiante*; otro blanco y retirado era el *pálido cirio*; alla lejos palpitaban, casi imperceptibles, los puntos de fuego tenue que la visionaria nombró *coro de muertas*; y de extremo a extremo del horizonte flotaba por el inmenso espacio la gasa fosforescente de la via láctea, o *niebla de luz*. Cuando la claridad enferma y fría de los astros bajaba hasta Victoria, y la noche hacía rodar sus magníficas gemas en silencio, la loca se sentía hermana de la belleza infinita, y las voces celestiales la

acompañaban al día siguiente, en plena solana abrasadora. Entonces andaba moviendo los labios, atenta a las presencias invisibles y la gente no podía separarla de ellas.

Se le acusaba también de no comer, de alimentar a mendigos y criminales, de conocer las virtudes secretas de las plantas y de preparar filtros de bruja. Lo cierto es que anhelaba curar a los niños dolientes, y que muchas madres, después de mofarse de ella en público, la buscaban a escondidas y temblando, con las manos calientes aún de la fiebre de sus hijos.

Pero lo fenomenal, lo grotesco, lo que provocaba carcajadas inextinguibles, era la virginidad de Victoria. Fea, casi decrepita, trastornada, ese harapo viviente había pretendido conservar su pureza, y lo había conseguido. Había resistido veinte años a la temeridad de los mozos pujantes. Quería elegir el amor, ser prometida y esposa, y tal monstruosidad, tal delito contra naturaleza, garantizaba a los sencillos campesinos la demencia irremediable de su primera actriz.

Don Juan Bautista, joven doctor de la capital, vino al pueblo, compró un terreno y se puso a edificar una casa. Don Juan

Bautista era rico, bello y tonto. Tenía partido con las muchachas. Victoria le vió y le adoró. El *Príncipe radiante* había descendido para ella del firmamento. Todas las manías dispersas de Victoria se juntaron en una, absorbente, feroz, la de amar a don Juan Bautista y casarse con él. No ocultó sus proyectos: desatada y locuaz detenía a los transeuntes y les consultaba sobre los medios de satisfacer su única pasión.

Espiaba horas enteras a don Juan Bautista detrás de las tapias; se atrevió al fin, repugnante y trémula, a rogar que la dejara lavarle la ropa. No sabía aplanchar con lustre pero aprendió. El momento en que se acercaba a Don Juan Bautista, y le entregaba, a él solo, las camisas y los calzoncillos impecables, era el momento radiante y feliz de su existencia humilde. Jamás aceptó un centavo por sus faenas deliciosas. Otras veces traía a Don Juan Bautista la sandía helada o el dulce melón que halagan la siesta, o los sabrosos duraznos, o simplemente tomates frescos, porotos, manteca, todo gratis, y a costa de qué luchas, de qué lejanas peregrinaciones! Don Juan Baustista, jovial y satisfecho, se dejaba idolatrar.

La virginal timidez de Victoria la impe-

día expresar claramente sus deseos a quien se los inspiraba y los colmaría sin duda. Victoria anhelaba seducir a Don Juan Bautista, obligarle a declararse y a proponer el matrimonio. Ella no tendría entonces más que murmurar *sí* y caer en los vibrantes brazos del prometido. ¿Cómo hacer?

El secretario de la municipalidad, un pequeño de cabeza de mono, la aconsejó que usara polvos y sombrero, como las señoritas de la ciudad. La loca se aplicó ladrillo molido en el rostro, y sobre el cráneo, en equilibrio, un sombrero colosal que los chuscos le regalaron, con plumas estrafalarias. Así marchaba Victoria, disfrazada y grave, en pos de su sueño, entre las risas de los vecinos. De primera actriz había bajado a ser la payasa, la bufona de la aldea.

Durante varios meses, sobre los pastos, parecido a un buque empavesado, osciló el sombrero ridículo, símbolo de una ilusión desesperada. Victoria enflaquecía, se desanimaba; sus pobres pies descalzos se cansaban de correr tras la quimera; el sombrero, agotado por la lluvia, abrasado por el sol, ensuciado y roto, inclinaba tristemente sus plumas marchitas. El *Príncipe radiante* continuaba mudo y risueño. ¡Ay! Cuando

lucía allá arriba, inaccesible en las limpias noches de estío, era menos cruel.

La casa de Don Juan Bautista se terminó; la verja relucía, las flores del jardín doblaban con elegancia sus finos tallos. El dueño fue a la capital, se casó pomposamente y regresó con música. La señora era rubia, bella y tonta quizá. El pueblo quedó deslumbrado.

Victoria desapareció.

Hay en el lugar una escarpada peña, a cuyo pie se amontonan como en un torrente de vegetación, impenetrables brezos y zarzas. Tres días después de la boda descubrieron unos cazadores, allá abajo, un objeto singular, una especie de gran pájaro inmóvil, de plumas increíbles. Por distraerse lo acribillaron a balazos. Resultó ser el sombrero de Victoria. Debajo estaba Victoria, con el cuerpo tibio todavía, y que por fin reposaba.

(De *Cuentos breves*).

EL ODIO A LOS ÁRBOLES

QUE un advenedizo construya una casa, con el dinero rápidamente ganado en honradas y secretas operaciones comerciales, está bien. Que construya una de esas lúgubres y sangrientas y vulgares masas de ladrillo, con agujeros enrejados y techo de teja, está menos bien. Pero lo que hace estremecer es que os declare, «Ahora voy a arrancar todos los árboles en torno para que la propiedad *quede linda*».

Sí, es necesario que se vea limpia, desnuda, con sus insolentes colores que profanan la suavidad de los matices campestres, la fachada reluciente y tonta. Es necesario que se diga: «Esta es la casa nueva de Fulano, de ese que ahora está tan rico». Es necesario que pueda contemplarse sin obstáculo el montimento a la actividad de Fulano. Los árboles sobran: «quitan la vista». Y hay algo más que vanidad en el afán de pelar el suelo: hay odio, odio a los árboles.

¿Es posible? ¿Odio a los seres que, inmóviles, con los nobles brazos siempre abiertos, nos ofrecen sin cansarse jamás la caricia de su sombra, la fecundidad silenciosa de sus frutos, la poesía múltiple y exquisita que elevan al cielo? Se asegura que existen plantas dañosas. Tal vez: mas no por eso las debemos odiar. Nuestro odio las condena. Nuestro amor quizá las trasformaría y las redimiría. Oíd a un personaje de Víctor Hugo: «vió gentes del país muy ocupadas en arrancar ortigas; miró el montón de plantas desarraigadas y ya secas, y dijo:— Esto está muerto. Esto hubiera sido sin embargo algo bueno si de ello hubieran sabido servirse. Cuando la ortiga es joven, su hoja es una excelente legumbre; cuando envejece, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortigavale tanto como la tela de cáñamo. Es por lo demás la ortiga un excelente pasto que se puede segar dos veces. ¿Y qué necesita la ortiga? Poca tierra, ningún cuidado, ningún cultivo... Con un poco de trabajo que se tomara, la ortiga sería útil; se la descuida y se vuelve dañosa. Entonces se la mata. ¡Cuántos hombres se asemejan a la ortiga! —Y añadió después de una pausa: «Mis

amigos, tened esto: no hay malas hierbas ni hombres malos. Sólo hay malos cultivadores».

¡Ay! no se trata de cultivar, sino de perdonar a los árboles. ¿Cómo aplacar a los asesinos? No hay sitio de la república, de los que he recorrido, en que no haya visto funcionar el hacha estúpida del propietario. Hasta los que nada tienen destruyen las plantas. Al rededor de los ranchos se extiende un árido yermo, cada año mayor, que da miedo y tristeza. Según el adagio árabe, una de las tres misiones de cada hombre en este mundo es plantar un árbol. Aquí el hijo arranca lo que el padre plantó. Y no es por ganar dinero; no aludo a los que explotan las maderas. Sería una explicación, un mérito; hemos llegado a considerar la codicia como una virtud. Aludo a los que gastan dinero en arrasar el país. Obedecen a un *odio desinteresado*. Y la inquietud aumenta cuando se nota que las únicas mejoras que se hacen en las plazas de la capital consisten en arrancar, arrancar y arrancar árboles.

Odio doblemente feroz en una comarca donde el verano dura ocho meses. Se prefiere el sol abrasador a la dulce presencia

del árbol. Se diría que los hombres no son ya capaces de sentir, de imaginar la vida en los troncos venerables, que tiemblan bajo el hierro y se desploman con lastimero fragor. Se diría que no comprenden que también la savia es sangre; y que sus víctimas se engendraron en el amor y en la luz. Parece que las gentes viven esclavizadas por un vago terror, y que temen que el bosque proteja fascinerosos y anime fantasmas. Detrás del árbol adivinan la muerte. O bien, obsesionados por un dolor sin forma, quieren copiar en torno suyo el desolado desierto de sus almas.

Y entonces, en la nuestra la irritación se cambia en piedad. Muy desesperado, muy hondo ha de ser el mal de los que, en resignado mutismo, perdieron el cariño primero, el cariño fundamental que hasta las bestias sienten, el santo cariño a la tierra y a los árboles.

(De *El Dolor Paraguayo*).

EL EMPRÉSTITO

MUCHOS se felicitan que entre dinero en el país. Se figuran que el dinero es riqueza. No; no hay más riqueza que el trabajo. ¿Existe a caso el propósito de emplear el empréstito exclusivamente en multiplicar el trabajo? ¿Se ha pensado en eso? ¿Hubo alguien capaz de pensar en eso?

Por de pronto, el empréstito representa una deuda: esto si que es indiscutible. Una carga que juntar con las que ya abruman a la nación.

Lo grave es que la carga se distribuye desigualmente. Cuando una persona administra mal sus bienes, y para retardar la bancarrota pide prestado, recibe bastante menos de valor nominal. El resto queda en las garras del usurero y de los intermediarios. Se introducirá moneda en el mercado; se producirá matemáticamente el alza del precio de los artículos; padecerá el pobre,

lo que no importará gran cosa a los que se enriquecieron en la operación.

La parte inmoral del asunto consiste en esto: lo que tal vez resulte para la colectividad un negocio desastroso resulta un negocio soberbio para unos cuantos particulares. Nada bueno puede provenir de una fuente inmoral. Los pueblos más atrasados e infelices de ambos continentes son los que más empréstitos han hecho.

Y lo que en su origen es inmoral lo sigue siendo en su desarrollo. Se abrirán créditos nuevos a los que ofrezcan garantías y a los amigos del poder, es decir, a los que no necesitan ni merecen socorro. En cuanto a esperar que del dinero vertido a mercaderes y a políticos llegue un centavo hasta el bajo pueblo, es un triste error. Poned un impuesto a la propiedad: al fin y al cabo lo pagarán íntegramente los desposeídos, los que, según la definición de Voltaire, temible burgués, «no tienen más que sus brazos para vivir». Bajarán los salarios, se extenderán la miseria y el hambre. Regalad en cambio dinero a los que ya lo poseen. No por eso mejorará la situación de la masa. Habréis aumentado la ociosidad y la imprevisión de los favorecidos. No es dine-


ro lo que hay que regalar ni lo que se precisa, sino amor a la tierra y al trabajo, un poco de paz y de confianza.

La fortuna llovida del cielo corrompe y arruina. Es común la idea falsa de que la agricultura y la industria exigen para desenvolverse fuertes capitales. Lo contrario es lo cierto. Lo que dura y prospera y perdura es lo que nació humildemente, y se fue nutriendo de su propia sustancia. Los más poderosos organismos comienzan por la célula microscópica. En una región como la nuestra, donde casi todo está por hacer, donde no hay caminos para lograr huir de las autoridades y donde la reducida población no conoce aún los oficios primeros ni las prácticas de labranza, ha de aglomerarse la riqueza en pequeños núcleos, amorosamente engendrados y criados, si es que se quiere que algún día haya riqueza. Ni los capitales vendrán, ni son convenientes. Las grandes instalaciones aquí son locura, decepción, fracaso. Es de sentido práctico: George os lo dirá mejor que yo: "Para conducir de vez en cuando dos o tres pasajeros, un bote es mejor que un vapor; unos pocos sacos de harina exclusivamente se pueden trasportar con menos gastos de

trabajo en una mula aparejada que en un tren de ferrocarril; poner un gran depósito de géneros en el almacén de un camino de travesía, en el fondo de un bosque, sería solo derrochar capital..... Así como, por mucha agua que se vierta a un cubo, nunca habrá en él sino un cubo lleno, tampoco podrá emplearse como capital mayor cantidad de riqueza de la exigida por el mecanismo de la producción y del cambio, *bajo las condiciones existentes de inteligencia, costumbres, seguridad, densidad de población, etc.*, peculiares a cada pueblo».

Y aquí volvemos al punto esencial. El deber de los hombres inteligentes del Paraguay no es traer dinero para proporcionar un alivio engañoso y honrar la injusticia. Su deber no es humillar a la nación en este mendigar lo ajeno, cuando hay en casa brazos y salud. Su deber es sembrar las verdaderas energías madres, las que en último término se reducen al amor, amor al hogar, a la tierra, al trabajo. Su deber es conseguir solidaridad, paz, confianza. Y para esta obra larga pero bella, penosa pero útil—la sola obra útil—maldita la falta que hace el empréstito.

(De *El Dolor Paraguayo*).



DE POLÍTICA

UNA ilusión común es la de las formas de gobierno. Se cree disminuir la tiranía suprimiendo al tirano, y establecer la libertad por un decreto. Se supone que la figura de la vasija cambia la naturaleza del líquido, y que una constitución y un parlamento sirven para algo. Se asombra la gente de que sea exactamente tan imposible ejercer los derechos cívicos ahora que se reconocen y recomiendan por la ley, como en la época de un despotismo concentrado en un hombre y consagrado por el pueblo. Es que el sentimiento de la dignidad personal no es obra de políticos. No es en los convenios de los conspiradores con suerte donde nace la justicia, sino en los hogares. No es en las costumbres públicas donde empieza el progreso, sino en las privadas. Cuando los corazones siguen intactos, las reformas escritas se reducen a un detalle grotesco.

Hemos descubierto la conservación de la materia y la conservación de la energía, en las regiones de lo físico, añadamos en el terreno social, la conservación del coeficiente bárbaro. Agitada con el viento vano de las revoluciones queridas la superficie del mar de la patria; no se alterará en un milímetro el nivel medio de los instintos y de las pasiones. Los seres viven y se transforman de adentro a fuera. No hay decoración, por hábil y brillante que se pinte, capaz de producir un futuro duradero. Los gobiernos y las costumbres administrativas, no son una causa, sino un resultado. Parecen reinar, porque están situados en la cumbre. Pero ni los pararrayos inventan la electricidad, aunque en ellos se desplome el rayo, ni los palacios burocráticos engendran un átomo de potencia colectiva. Equivocación suprema la de los que van a la política para salvar a su país.

Existe una política fecunda: no hacer política; una manera eficaz de conseguir el poder: huir del poder y trabajar en casa. Un grupo de personas que no han traído a la ciencia una verdad nueva ni al arte ni a la moral una modalidad nueva de nuestras emociones, es impotente; de la nada nada

se saca. Gobernar es distribuir y redistribuir lo viejo por los viejos canales. Única labor útil: componerlos, construir otros, enriquecer y purificar el líquido circulante. ¿Es posible eso desde arriba? Nunca. El tabique del oficinismo y de la adulación oficial es imperforable: la savia viene de abajo, de las raíces. No nos ocupemos de política, sembremos nuestro campo y no llamemos a las puertas doradas. La vida nacional nacerá en nuestro cerebro y en nuestras manos, y no en las mesas polvorientas y los expedientes apolillados de los escritorios a presupuesto. Nos olvidaremos de la política; continuará tal vez visible, como una cáscara flotante, mas sólo alcanzará la influencia de una asociación parcial y parsimoniosa: la política será un *club* extenso, una masonería semi-inofensiva, lo que es en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Bélgica, en Suiza, en los países habitables. Al aislarla, al volverla la espalda, la política se marchitará para siempre y recobramos el timón de nuestros destinos. Somos dueños de desviar las corrientes vitales, de conseguir que rieguen y fructifiquen nuestra huerta, y no el vacío desierto de las ambiciones borgianas. Hagámoslo.

ÍNDICE

RAFAEL BARRETT.....	5
Del Natural.....	29
El esfuerzo.....	34
Instrucción primaria.....	38
Mi hijo.....	43
La enamorada.....	45
El odio a los árboles.....	51
El empréstito.....	55
De política.....	59